



CLOTILDE PERALES

¡Horchata!

Después de todo un invierno triste, llorón, melancólico, que se han visto destinadas á servir de almacenes y depósitos de esteras y alfombras, no bien la Iglesia repicó á gloria con alegrías de pájaro, y las macetas colocadas á modo de festón en las ventanas de las niñas humildes se llenaron de rosas y claveles, y las persianas verdes se descorrieron sobre los balcones, y los almendros se llenaron de flores, y las alamedas del Retiro de lilas, las horchaterías abren sus puertas, brillantemente charoladas de blanco, y en ellas, sobre limpias mesas de mármol, se empiezan á servir los helados y horchatas que alivian á los que no pueden permitirse el lujo de carenar sus pulmones con las brisas marítimas impregnadas de vida y salud, de los sofocantes calores del estío, y sirven de centro de reunión á cuantos desocupados pululan por la corte, y á cuantas niñas casaderas, anémicas, cloróticas, flacuchas, pasan los rigores de la estación en que los ricos gozan de bailes, saraos y comidas, respirando la atmósfera asfixiante, llena de humo y vapores pútridos de los cafés con conciertos de media en media hora.

Las horchaterías son á la población lo que las golondrinas á los árboles: indican el buen tiempo. Muchas veces sucede, no obstante, que el despacho de las unas se reduce á cero, porque la nieve puede más que el hielo artificial con que aquéllas nos brindan, y que las otras se mueren de tristeza de ver que venían en busca de un sol parecido al africano que acaban de abandonar, y se encuentran con lluvias, lodos, tormentas y ciclones.

El tipo de la horchatera, como el de la maja y el de la castañera, va desapareciendo, como va desapareciendo todo aquello que á nuestros abuelos entretenía y á nuestras abuelas encalaba.

A la horchatera valenciana, de hermosa presencia, de formas blancas y esculturales, de las que sólo dejaba libres los brazos la almira, figura en el más modesto *menú* y le sirven

donada y hueca kata de percal claro, estampada de flores y festoneada con encañonados volantes y lazos de seda; á aquella horchatera que llevaba en el pelo un carmen granadino ó una huerta murciana, y traía á la memoria cielos andaluces, rejas sevillanas, rumores de carceleras y dejos de seguidillas, ha substituído la camarera soez, que busca parroquianos y propinas á cambio de sonrisas y amabilidades, y que no tiene ni la encantadora poesía con que á las antiguas las envolvía el tiempo primaveral en que hacían su aparición, ni mucho menos motivo para tenerla.

Las horchaterías han caído de la altura que ocuparon, lo mismo que han caído los célebres helados y horchatas de Pombo, que tanta fama alcanzaron en épocas en que se estilaban corbatines de cinco vueltas, trabillas en los pantalones de color de tórtola, fracs azules y botones que sólo ahora los libreas lucen fulgurantes como peluconas del Rey Carlos III.

Las horchaterías han perdido en atractivos desde que la moda ha elevado sus productos á la categoría de artículos de primera necesidad.

Cuando el sorbete, el célebre *arlequín* de mantecado y fresa, servido á manera de bicolour peluca de payaso de circo, en enana y amazacotada copita de cristal azul; el sorbete, que se tomaba solamente en los días en que se repicaba gordo, y era complemento, en los de Viernes Santo y el Corpus, del paseo en que se lucieran los trapitos de cristianar y el fondo del baúl; el que sólo en las fechas señaladas, y encargado con la anticipación de dos semanas, podía solicitarse, y hacía, por lo poco que se prodigaba, que se le esperase, como aún ocurre en algunas provincias, con la impaciencia de lo desconocido ó lo sublime; cuando el sorbete, que tantos motivos dió á Ortega para sus deliciosas caricaturas, era manjar extraño para los paladares del común de las gentes madrileñas, la apertura de las horchaterías era un verdadero acontecimiento.

Pero ahora que el hielo, bautizado con los nombres más difíciles de retener en la memoria, figura en el más modesto *menú* y le sirven

los *restaurants* en los cubiertos de cuatro pe-setas; que las máquinas heladoras se hallan al alcance de las más modestas fortunas, y en las casas se ha hecho su fabricación tan usual como la del arroz con leche y los huevos molles, las horchaterías y su inauguración pasan perfectamente inadvertidas para todos aquellos que no siguen chapados á la usanza de los costáneos de Muñoz Torrero, Cabarrús y el conde de Toreno.

Por un lado la moda, que avasalla y destruye con el estigma del ridículo, que es el más bochornoso de todos, cuanto halla al paso, sin respetos ni consideraciones, y por otro la invasión extranjera, que hace con nuestras costumbres y usos un completo desastre, han contribuido al desprestigio de las horchaterías.

Nadie que se considere medianamente distinguido preferirá entrar en una de ellas, pudiendo por el mismo precio saborear un vaso de refresco inglés, que tiene, entre otras propiedades, la de ser extranjero, y por ende mayor consideración que la que puedan merecernos nuestros en un tiempo famosos sorbetes de arroz.

Las bebidas inglesas están á punto de matar á las horchaterías.

Lo que no podrá nunca conseguirse, á pesar de todos los pesares, es que los camareros bretones que sirven las unas traigan por su físico más parroquianos asiduos que las muchachas alegres y pizpiretas que al vernos entrar y apoyando sus pequeñas manos sobre el mármol, nos preguntan con melosidades de criolla:

—¿Qué va á ser?

Carlos Ossorio y Gallardo.

NOSTALGIA

Noche fosca de invierno; lenta cae la nieve á la llanura, cual manto desprendido de los hombros del genio de las brumas.

Los airosos nogales de la selva con las hojas ya mustias á embozados espectros se parecen, de pie sobre las tumbas.

Ningún rumor de los desiertos campos las soledades turba, ni las flores sonríen con las fuentes, ni la paloma arrulla.

Triste campiña; entumecidos bosques do el aire no circula, ni entona Pan eróticos cantares bajo la selva adusta.

En el turbio horizonte ningún astro la mirada columbra; semeja el cielo abandonado templo, la tierra es arpa muda.

Leyendo está la Biblia el padre anciano el hijo de las rudas batallas del progreso, y juveniles cabezas le circundan.

Entonces la mirada del que ama furtivamente, busca las pupilas azules de una virgen de cabellera rubia;

y en silencioso platicar, no temen que el anciano descubra la pasión de sus almas soñadoras, como la nieve puras.]

Mas ¡oh Señor! el que en extraño suelo, en esta noche oscura se muere de nostalgia sin que nadie á su reclamo acuda;

quien tiene por amigos hace tiempo las sombras taciturnas de bardos que llamó la fantasía, ¡la enferma vagabunda!

¿á dónde irá, cual hija del desierto, por engañosa ruta, soñando con oasis y palmeras de lasciva frescura?

Ya la muerte golpea en los cristales de mi estancia; pregunta por su amigo quizás, vacila acaso, se esconde en la penumbra!

Mi juventud á compasión le mueve, siente acaso ternura su yerto corazón al ver mis rizos ¡tan negros que deslumbran!

Triste es morir cuando del torvo cielo la cerrazón abrumba, con la nieve asfixiante por sudario, cerca al lecho de la duda.

Es amargo morir cuando la patria radiante de hermosura se presenta al espíritu en el sueño como visión cerúlea.

Y bajo el sol del trópico la vemos, bañada en la fecunda luz que en las almas la pasión enciende y da vida á Natura.

La patria de horizontes voluptuosos y de selvas robustas do crece el dinde y los jaguares aman bajo la pompa hirsuta.

Allá donde aguardándome impaciente, amable cual ninguna, está la virgen de ojos pensativos, morena pudibunda;

la que una llama adivinó en mi mente de inspiración oculta, y al recitar mis versos me enseñaba del ritmo la dulzura.

Mas... un maldito pensamiento ahora por mi cerebro cruza, como en las noches de dolor el ave que nuestro fin anuncia.

¡Ah! si la virgen de mis sueños de oro, mis sueños de ventura, ha podido olvidarme, ven ¡oh muertel con tu cendal de brumas.

Así dijo un poeta de estro ardiente y apasionada musa, alma de fuego que se extingue ahora cual lámpara en la gruta.

Muriente luz apenas de la estancia los ángeles esfuma, y la llama al temblar finge en la sombra fantasmas de indecisa catadura.

Maximiliano Grilo.

CUENTOS BREVES

EL CHOCOLATE

I

Entre las varias criadas que he tenido, no recuerdo ninguna tan bondadosa, tan alegre y tan complaciente como Luisa Gardener—nos dijo el capitán Poutades.—Por mí hubiera sido capaz de arrojarle á la calle desde un piso quinto.

Era yo entonces subteniente de cazadores, y Luisa tenía la consigna de despertarme muy temprano para asistir al cuartel.

Apenas entraba en mi cuarto con el desayuno en la mano, me despertaba y decía:

—¡Señorito, el chocolate!

Había por aquellos tiempos en el café concierto del Alcázar un cómico, hoy olvidado, pero á la sazón muy en boga, que se llamaba Plessis. Dotado de buena figura y de agradable fisonomía, su mayor mérito estribaba en reproducir las facciones de los grandes generales de la epopeya revolucionaria: Hoche, Kleber, Marceau y Bonaparte, este último sobre todo.

Su programa era sumamente variado; pero el número más importante, el que con más calor entusiasma al público, era el monólogo del sargento veterano.

Plessis se presentaba vestido de uniforme, con el fusil al hombro, y hacía el ejercicio con una precisión maravillosa, dando pruebas de un vigor verdaderamente extraordinario.

Todo aquello significaba la manera de ser del sargento antiguo. Después representaba el actor el tipo del sargento actual, del sargento de la nueva escuela, flaco, triston, con la voz aflautada y el andar reposado, que en vez de tomar vino y aguardiente como los otros, tomaba todas las mañanas su *chocolate*.

¡El chocolate! Así decía el cómico cuando representaba el papel del sargento antiguo, pronunciando la frase con un desprecio en el que se resumían las debilidades y las insuficiencias físicas y morales del elemento joven.

Y siempre que Plessis articulaba la palabra *chocolate*, el público se desternillaba de risa.

Luisa estuvo una noche en el café y participó de la alegría general que el actor había provocado entre los concurrentes.

Así es que al día siguiente, cuando me entró mi desayuno, me dijo sonriendo:

—¡Señorito, el chocolate!

Y desde entonces, Luisa repitió todas las mañanas las mismas palabras, con las que me llamaba á la realidad de las cosas.